

Mujeres

de la cultura

Rosa Huertas



ANAYA

1.ª edición: febrero 2019

© Del texto: Rosa Huertas, 2019
© De la ilustración: Eugenia Ábalos, 2019
© Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-4834-0
Depósito legal: M-37532-2018
Impreso en España - Printed in Spain



Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Mujeres de la cultura

Rosa Huertas

Ilustración
Eugenia Ábalos

ANAYA

Índice

María Blanchard	9
Carmen de Burgos	23
Clara Campoamor	35
Elena Fortún	47
María Guerrero	61
María Teresa León	79
Concha Méndez	91
María Moliner	103
Emilia Pardo Bazán	119
María Zambrano	129
Frases de las protagonistas	141

*A María García Zambrano y Sandra Pretel,
dos mujeres fuertes, inteligentes y valientes,
como las protagonistas de este libro.
Gracias por todo lo que me habéis enseñado.*

MARÍA BLANCHARD



Por un poco de belleza

Ven, te invito a visitar una exposición. Veremos los cuadros pintados por una mujer excepcional, se llamaba María Blanchard y su obra está a la altura de otros grandes y conocidos pintores como Pablo Picasso o Diego Rivera. Convivió con ellos a comienzos del siglo xx, pintó con ellos, expuso en las mismas galerías que ellos y no les debe nada a ninguno. Ella creó su propio estilo, sin imitar ni ser deudora de nadie.

¿Empezamos? ¡Vamos allá! El primer cuadro, lleno de color, que vemos en esta exposición se titula *Gitana*, es el retrato de una mujer sonriente. Lo firma como María Gutiérrez Cueto, su nombre auténtico. Con él, en 1906, participó por primera vez en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Tenía entonces veinticinco años, empezaba a pintar y la pintura sería su gran válvula de escape, la manera de huir de sí misma, de los espejos y de las fotografías.

María tenía joroba y mucha miopía. Ella, tan amante de la belleza, sufría con su deformidad hasta un grado impresionante. Desde pequeña se acostumbró a las miradas ajenas. Los niños la señalaban y la llamaban bruja. En aquella época, la sociedad no se mostraba nada caritativa con los que padecían una discapacidad física;

más bien, la conducta popular predominante era cruel hacia ellos. En el tiempo de María, tener una deformidad era como llevar una diana para ser el blanco de burlas y crueldades.

Nació en Santander, en el seno de una familia acomodada, culta y refinada que creía en la educación igualitaria. Su padre la animó a formarse como pintora y acudió en Madrid a los talleres de los mejores pintores del momento, donde comenzó su andadura. Pero María quería más, quería ir al lugar donde el mundo del arte estaba cambiando la historia, y ese lugar era París.

Consiguió una beca y pudo ver realizado su sueño en 1909. París era entonces una ciudad donde la gente se relacionaba con una filosofía muy particular: vivir y dejar vivir. Enseguida quedó deslumbrada por la libertad parisina. Eran los tiempos de Monet, Degas, Cézanne o Manet en pintura, de Rodin en escultura o de Fauré y Debussy en música. La capital francesa atraía a artistas de todos los países que buscaban una nueva libertad de expresión. María Blanchard se integró en poco tiempo en la corriente de pintores que pululaba por los ambientes de la ciudad: nadie reparaba en su aspecto físico. Con la pequeña beca que recibía compraba las pinturas, pagaba el taller donde se formaba, vivía en un cuartito y comía poco.

De esta época es el siguiente cuadro, se titula *La bretona*. Se inspiró en alguna de las mujeres que vio durante su viaje por Bretaña. María siempre pintaba en el interior de

su taller, nunca al aire libre, ni usaba modelos. Tenía una gran memoria visual: retrataba gente que vio un momento, alguien con quien se cruzó. Buscaba en sus recuerdos y extraía con su sensibilidad tan fina la expresión de sus personajes.

Veamos el tercero, se titula *Ninfas encadenando a Sileno*, también lo presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1910 y obtuvo una nueva medalla. Fíjate, los contornos se desdibujan, el color prevalece sobre la forma, y el tema mitológico la acerca a la pintura clásica.

En los siguientes lienzos comprobaremos su mayor cambio, su etapa cubista. Comenzó a orientar su trabajo hacia el color y la expresión, dejando atrás las restricciones de la pintura académica con la que había iniciado su carrera. María asimiló la obra de otros grandes artistas, pero supo añadir su toque personal sin copiar a nadie y su obra supera a la de conocidos coetáneos. María Blanchard fue admitida por el importante grupo de artistas de París, convirtiéndose en amiga personal de algunos de ellos, con los que llegó a compartir estudio y vivienda, como es el caso de Diego de Rivera o Juan Gris. Su fuerte personalidad y su dura existencia forjaron el respeto de sus compañeros, quienes llegaron a aceptarla como una más, en un medio culturalmente dominado por los hombres.

Mira, en esta *Composición cubista* utiliza la técnica del *collage*, como solía hacer su amigo Juan Gris, donde se

superponen los planos de la figura representada. O esta *Mujer con abanico*, donde los rojos, los amarillos, los verdes y los ocres se colocan como fichas de dominó. Muchas veces Blanchard no firmaba sus cuadros e, incluso, algunas de sus obras fueron atribuidas a otros autores, como este *Bodegón rojo con guitarra*, que se pensó que había sido pintado por Juan Gris. Fíjate en el dominio del color, en las formas que se intuyen, en la descomposición de los objetos. Es más libre en la interpretación de los temas que otros artistas. Se trata de un cubismo muy personal que se distingue por la forma en que usa y domina los colores, la precisión en el trazo, la emoción que transmite.

¿Y este *Hombre tocando la guitarra*? ¿No te recuerda a las obras de Picasso? Pues ella no le imitó, pintó al mismo tiempo y con su propio sello. En los cuadros cubistas de María aparecen personajes, no son solo bodegones, guitarras o botellas. La figura humana prevalece en ellos. Como en este *Pianista*, trazado con líneas verticales y diagonales, que nos mira con su ojo de perfil y casi podemos escuchar su música.

Vivir en París era caro y a María se le acabó el dinero de la beca. Volvió a España y en 1915 asistió al fracaso de la exposición «Pintores íntegros», organizada en Madrid por Ramón Gómez de la Serna. La muestra, que incluía obras de la propia Blanchard, de Diego Rivera o de Luis Bagaría, fue acogida con burlas por el público y la crítica, incapaz todavía de asimilar el aire nuevo de las

vanguardias. No entendían estos cuadros tan distintos, tan especiales, tan coloristas. No la entendían a ella.

Blanchard se instaló en Salamanca, donde se mantenía dando clases de pintura. Otro fracaso. Sus propios alumnos se burlaban de su estilo, de ella, de su deformidad. María percibió la diferencia con el París que la valoraba por su capacidad intelectual y por su talento. Eligió renunciar a la plaza de profesora, con la que se aseguraba económicamente el futuro, a cambio de una vida llena de estrecheces, pero en la que se sentía un ser humano digno. Así, en 1915, regresó a Francia. Nunca más volvería a pisar España.

María ya conocía lo que era pasar hambre y frío en París y tener que seguir pintando con la esperanza de conseguir destacar en un mundo de artistas muy concurrido en el que para todos, no solo para ella, era muy difícil hacerse un sitio.

En su regreso a la capital francesa, malvivió pero resplandeció. En 1916, el marchante más importante, Léonce Rosenberg, la contrató para su galería. Hay constancia de que participó en todo acontecimiento, por insignificante que fuera, que incumbía a la élite de los artistas de vanguardia. Y en este mundo mayoritariamente de hombres, María Blanchard se abrió camino con una personalidad pictórica definida y fue invitada a contribuir en una importante muestra. Ya no se llamaría más María Gutiérrez, firmará con el apellido de su madre, Blanchard, de origen francés.

Diez relatos sobre mujeres imprescindibles del mundo de la cultura española que desarrollaron su actividad a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Nombres, en ocasiones olvidados, que aportaron su trabajo, esfuerzo y su lucha para el progreso de la cultura en nuestro país. Precursoras del feminismo que contribuyeron al reconocimiento de los derechos de las mujeres en todos los ámbitos.

Son escritoras (Emilia Pardo Bazán o María Teresa León), pintoras (María Blanchard), activistas políticas (Clara Campoamor), investigadoras (María Moliner), periodistas (Carmen de Burgos) o actrices (María Guerrero), que debieron luchar para que su voz se escuchase.

Ha llegado el momento de saber quiénes fueron.



1562535

ISBN 978-84-698-4834-0



9 788469 848340

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA